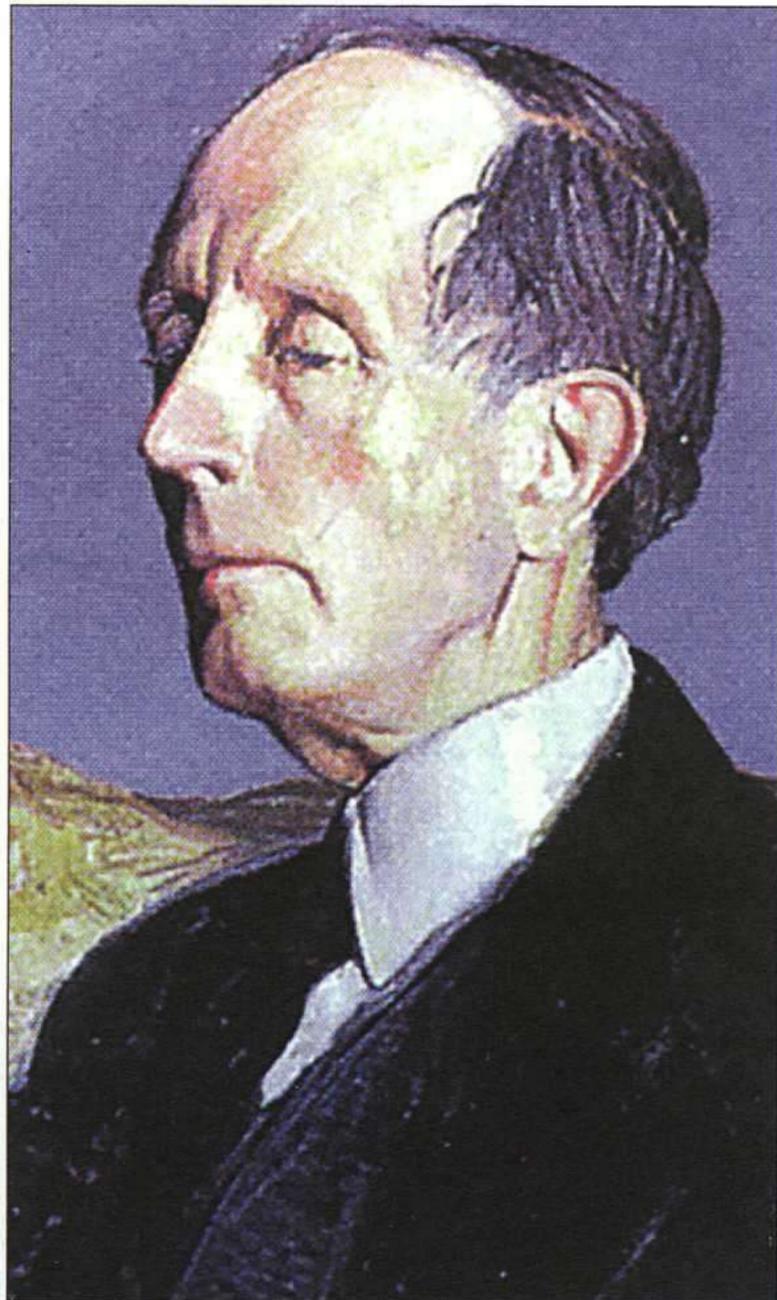


ESTUDIO

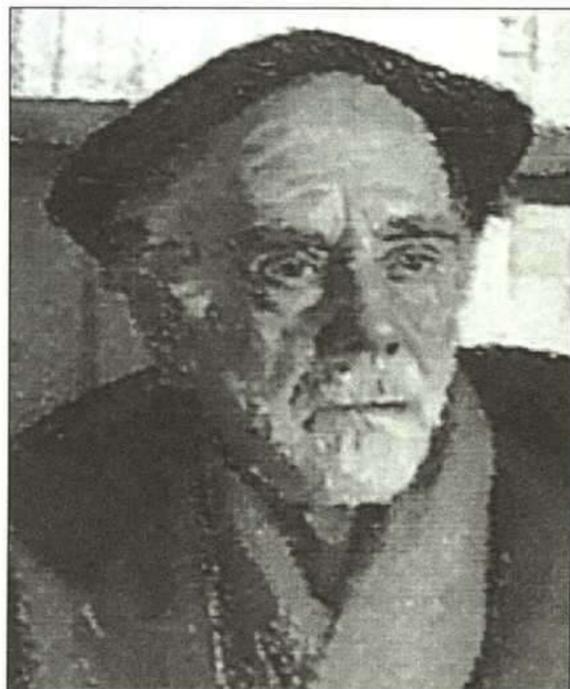
¿Una Generación del 98?

por José García López*

La denominación de origen «Generación del 98» fue acuñada por Azorín en 1913, para referirse a un grupo de jóvenes escritores que, justamente a principios de siglo, habían conseguido obrar un milagro nada desdeñable: hacer renacer la literatura, propiciando una nueva visión del país y su tradición. Así lo veía por lo menos el inventor de la etiqueta que suscitó, y suscita todavía en plena celebración del centenario del grupo, no poca polémica. De la repercusión que tuvo la ocurrencia de Azorín, del contexto socio-político en el que surgió, de lo que esconde, trata brevemente este texto.



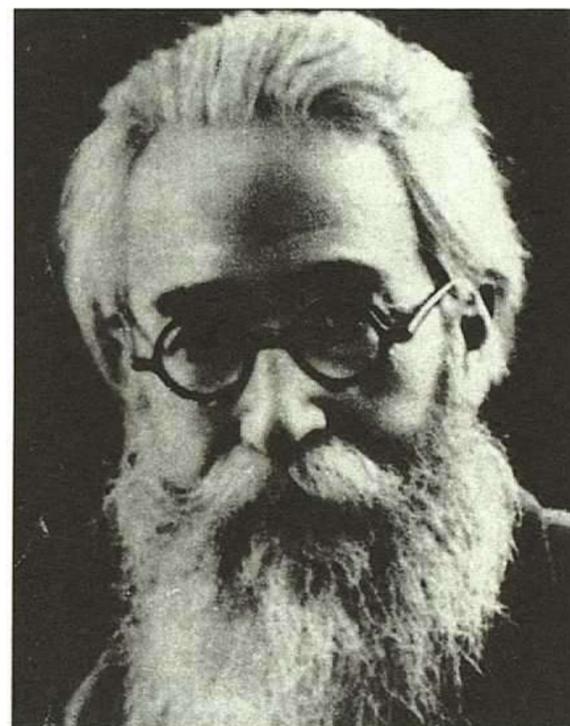
Azorín, retratado por Ignacio Zuloaga.



Pío Baroja, retratado por Jenaro Lahuerta.



Antonio Machado.



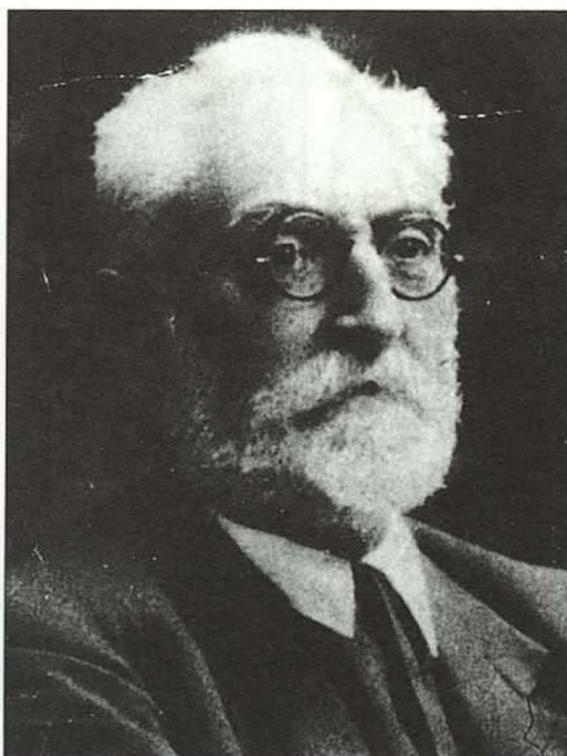
Ramón María del Valle-Inclán.

Un año antes de que España tuviese que enfrentarse con los problemas derivados del «Desastre» de 1898, cierto periodista¹ publicaba en un librito, titulado *Presente y Futuro*, una versión anticipada de lo que iba a ser el final de la guerra de Cuba. Según él, Estados Unidos, tras invadir la isla y sufrir cuantiosas pérdidas debido «a la inmensa superioridad de una nación de tradicionales hábitos militares, donde se rinde culto al noble ejercicio de las armas, sobre otro Estado que entrega la defensa del símbolo de la patria a aventureros asalariados», solicitó un armisticio, a causa también de que los «socialistas y anarquistas, aprovechando el general disgusto producido por las infaustas nuevas de la guerra, se levantaron en armas, entregándose al saqueo, al asesinato y al incendio», hasta el punto de que Wall Street se vio «convertida en un montón de escombros...».

Repetidas veces se ha aludido a la amplitud de aquellas zonas de opinión española que compartían el irresponsable optimismo del autor de tan tranquilizadoras profecías, pero sabido es también que durante la década de 1890 fue vien-

do la luz toda una serie de publicaciones que alentadas por un espíritu anticonformista analizaban los «males de la patria», proponiendo al mismo tiempo variados remedios para su regeneración.

Ahora bien, no fueron los «regenera-



Miguel de Unamuno.

cionistas» los únicos que durante los últimos años del siglo pasado y comienzos de éste se hicieron eco del agudo pesimismo con que ciertos sectores contemplaban el país en el aspecto político, social o económico; junto a ellos, típicos herederos de la mentalidad positivista, propia de las décadas inmediatamente anteriores, surgió todo un grupo de escritores —los que más tarde habrían de ser designados como Generación del 98— en quienes la protesta, de acuerdo con lo que se ha venido llamando la «crisis de fin de siglo», tomó otros derroteros, orientando preferentemente su atención hacia problemas de tipo espiritual o ideológico. Pero, ¿existió realmente tal *generación*? La actual conmemoración de su centenario justificará unas palabras sobre ello.

Renacimiento de la literatura

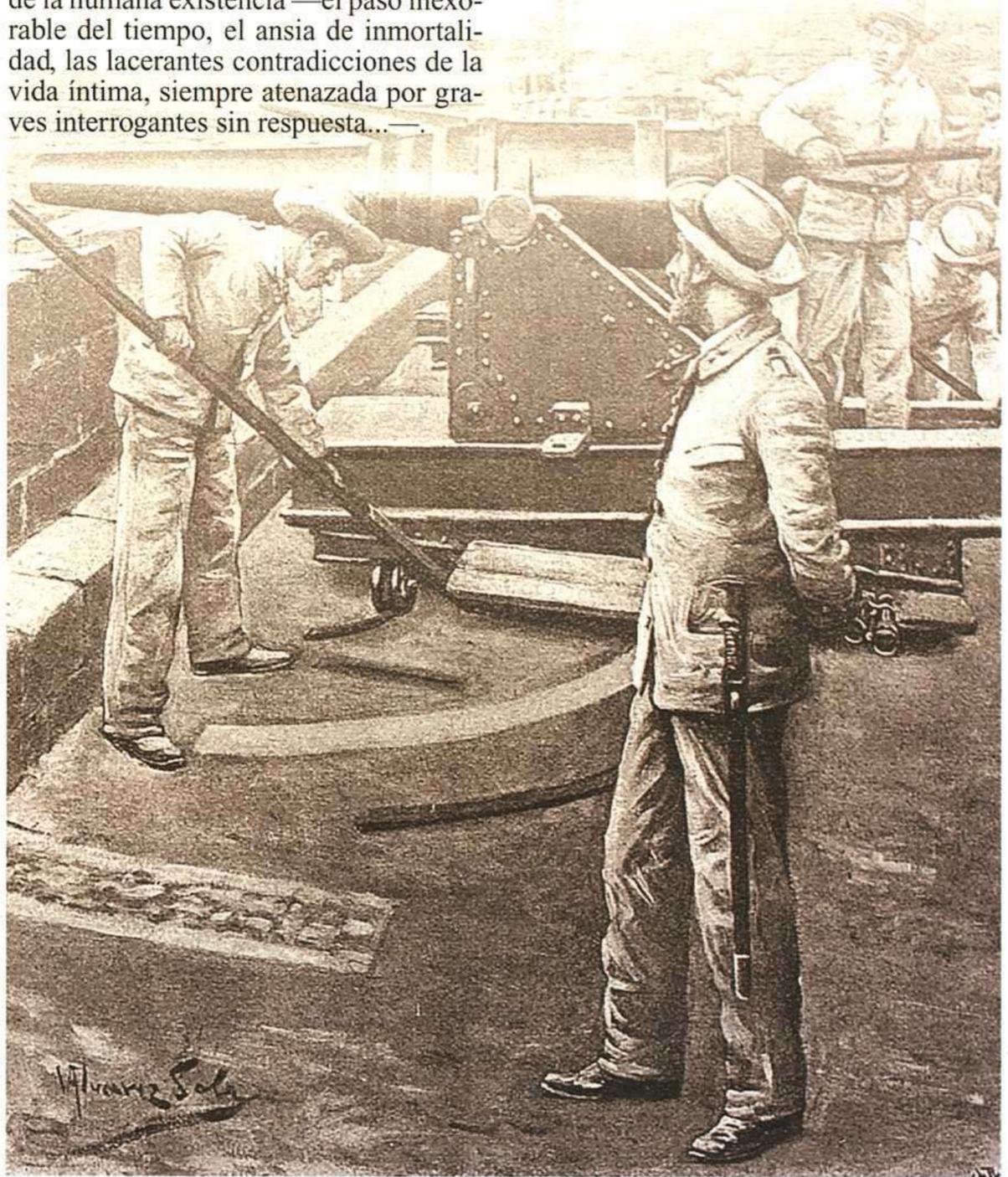
Quienes desde sus años escolares no hayan frecuentado nuestra historia literaria pueden quedar perplejos ante la anterior pregunta. Veamos sucintamente lo ocurrido. Fue Azorín quien, en 1913, en

unos artículos publicados en *ABC*,² habló por primera vez de una «Generación del 98» para referirse a un grupo de jóvenes escritores que en torno a dicha fecha logró un renacimiento de la literatura, gracias a la «fecundación del pensamiento nacional por el pensamiento extranjero», como demostraba el influjo, entre otros, de quienes en Europa habían representado poco antes una auténtica renovación del ambiente cultural propio de una burguesía conservadora — Nietzsche, Ibsen, Tolstoi...—. Según él, «un espíritu de protesta animaba a la juventud del 98», que, huyendo de la corrupción y obsolescencia de la España del momento, habría propiciado una nueva visión del país y su tradición, mediante el amor «a los viejos pueblos y el paisaje», a «los poetas primitivos», al Greco, a Larra... Todo ello «y el espectáculo del desastre-fracaso de toda la política española» habrían «avivado su sensibilidad», originando «una variante que antes no había en España». Más tarde, Azorín iría añadiendo como rasgos definitorios del grupo, su «idealismo exaltado», su «inquietud», su búsqueda del «sentido de la vida»...

Estos puntos de vista, más el título de «Generación del 98», se impusieron fácilmente en el campo de la crítica, si bien desgajando de la nómina de escritores establecida por Azorín a autores como Rubén Darío y Valle-Inclán, típicos representantes del Modernismo literario del momento, y reduciéndola, en lo esencial, a Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu y Antonio Machado. De acuerdo con esta orientación y haciendo caso omiso de cuanto el clima cultural de la época había de imponer a todos los escritores de aquellos años, se llegó al extremo de considerar «98» y «Modernismo» como actitudes irreductibles, tanto en el campo de las preferencias temáticas como en el de la expresión.³ Pero no habrían de pasar muchos años sin que tal concepción comenzara a ser objeto de una acre revisión:⁴ modernistas y noventaiochistas no habrían sido sino representantes de un amplio movimiento para el que se postulaba el nombre de Modernismo, reservado antes para designar un gran intento de renovación estética —en el terreno de la poesía, esencialmente—, caracterizado, entre otras

cosas, por su conexión con el Parnaso y el Simbolismo francés, su culto a la belleza, su aristocrático decadentismo, su incidental mezcla de misticismo y exaltación erótica, su atracción por lo exótico... Rasgos visiblemente opuestos a las inquietudes espiritualistas de tipo ético, socio-político, histórico..., atribuidos por la crítica a los componentes de la Generación del 98, más atentos a la realidad nacional y a una supuesta *esencia* de España —objeto de una obsesiva búsqueda centrada en las diversas manifestaciones del alma castellana—, así como a un análisis del dolorido sentir del individuo ante los más dramáticos problemas de la humana existencia —el paso inexorable del tiempo, el ansia de inmortalidad, las lacerantes contradicciones de la vida íntima, siempre atenazada por graves interrogantes sin respuesta...—.

En la actualidad, son ya muchos quienes consideran que la Generación del 98 fue una verdadera *invención* de Azorín,⁵ que con ella habría dado origen a estériles y prolongadas discusiones. No hace mucho decía un crítico: «Supongo que la antigua polémica (tan alentada en los viejos manuales de Bachillerato) Modernismo *versus* Noventaiocho no tendrá ya partidarios, ni, lo que es mejor, siquiera interés».⁶ Pues bien, la realidad no parece darle la razón: la polémica continúa, dando ocasión a nuevas sugerencias sobre rasgos comunes a los miembros de la célebre generación. Entre ellas no sería la menor la de atribuir-



Dibujo de Álvarez Sala sobre la defensa de Cuba, publicado en la revista Blanco y Negro, correspondiente al 28 de mayo de 1898.

les una temprana asunción del papel del *intelectual* en España y, en consonancia con ello, la de haber desarrollado por primera vez, y con notable hondura y brillantez literaria, el moderno género del ensayo.⁷

Contexto político

Junto a esta sucinta relación de los altibajos sufridos por la controvertida denominación sugerida por Azorín, no estará de más aludir al influjo que los acontecimientos políticos e ideológicos del siglo han ejercido en la no siempre positiva valoración de la producción noventayochista. En efecto, tras unos primeros años de radicalismo de signo socialista o anarquizante, los hombres del 98 fueron adquiriendo un creciente prestigio entre el público lector cada vez más amplio, al tiempo que se diluía el fervor «regeneracionista» y que ellos mismos derivaban hacia posiciones más conservadoras. Ello no impidió que la llegada de una generación, la de 1914, liderada por Ortega y Gasset, opusiese al dramático desasosiego y la nostálgica emotividad de sus predecesores una actitud más vital y optimista, y un superior rigor científico, aprendido gracias a un más íntimo contacto con la cultura europea.

Este cambio de enfoque en la consideración del «problema de España», no mermó, sin embargo, la adhesión a quienes desde comienzos de siglo habían favorecido una nueva visión del país con obras de admirable calidad literaria, y hubieron de llegar las primeras décadas de la posguerra para que se produjese una reacción ciertamente ambigua. Es

comprensible que para quienes detentaban entonces la dirección intelectual de España, la Generación del 98 representase por su actitud crítica —recuérdese la combativa heterodoxia de Unamuno, el talante liberal de Azorín, el agrio inconformismo de Baroja, o la desolada visión de la realidad española propia de Machado— un peligro para la estabilidad intelectual de un Régimen tan falto de una sólida apoyatura cultural. Pero, por otro lado, no dejó de haber un intento de «recuperación» oficial del grupo, aprovechando la derivación de algunos de sus miembros hacia un mayor conformismo o su declarado fervor por una tradición centrada en viejos valores nacionales. Y fue precisamente ello lo que dio lugar, por parte de las nuevas generaciones refractarias a la dictadura franquista, a un firme reproche a los noventayochistas por no haberse atrevido a asumir —como requería su prestigio intelectual— la denuncia de un sistema político tan opuesto a sus más íntimas convicciones.

Restaurada la democracia, los estudiosos han vuelto a situar a la Generación del 98 en el lugar de honor que le corresponde dentro de nuestra literatura, investigando, además, con extremo rigor las condiciones, tanto ideológicas y lite-

rarias, como sociales, de su contexto histórico. Ahora bien, este merecido reconocimiento, ¿ha hallado su paralelo en la asidua lectura de unos textos considerados ya como clásicos? Mucho nos tememos que las frecuentes reediciones de los mismos obedezcan nada más que a una demanda escolar derivada de los vigentes planes de estudio. Si tal recelo no estuviese infundado, sería de desear que iniciativas privadas y públicas aprovecharan los poderosos medios audiovisuales de que disponemos, para acercar al público lector a aquellos escritores gracias a los cuales se ha podido hablar de una «Edad de Plata» e incluso de una «segunda Edad de Oro» de la literatura española, llámeseles «modernistas», representantes de la «crisis de fin de siglo» o —con la venia de los más severos críticos— de la «Generación del 98». ■

*J. García López es catedrático de Lengua y Literatura Española.

Notas

1. Nilo María Fabra, *Presente y Futuro*, Barcelona: Juan Gili, 1897.
2. Artículos recogidos en *Clásicos y modernos*, Madrid: Rafael Caro Raggio, 1919.
3. G. Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y ocho*, Madrid: Espasa Calpe, 1966.
4. Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*, Madrid: Gredos, 1963.
5. J.C. Mainer, *Historia y crítica de la literatura española*, VI, Barcelona: Critica, 1980, y su *Suplemento 6/1*, 1994.
6. L.A. de Villena, en *Insula 614*, Madrid, 1998.
7. J.C. Mainer, en *Revista de Occidente*, n.º 202-203, Madrid, 1998.



Cuartel General de Aguinaldo en Bianchabató (Filipinas), donde se celebró el pacto de este nombre (Blanco y Negro, 1898).